
Entrevista

ALBERT EINSTEIN

UNA HORA CON EINSTEIN

AN HOUR WITH EINSTEIN

Joaquim Bosch

Existen pocas entrevistas realizadas a Albert Einstein en España, concretamente tres,¹ pero sólo una de ellas se realizó durante su visita de 1923. El periodista Andrés Révész, como él mismo explica, fue al encuentro del profesor en el tren que lo llevó de Barcelona a Madrid.

96

Andrés Révész era un húngaro germanoparlante nacionalizado español que trabajaba en el diario *ABC* desde 1922. En el libro *Historia del ABC*² se le menciona en los siguientes términos: «era famoso entre los periodistas madrileños por su pajarita, su larga, rizada y enhiesta cabellera blanca, y por tener fresca en la memoria toda la historia del mundo». En otro

momento del libro se hace referencia a «su proverbial vanidad» y se le describe como un «sesudo y enciclopédico». Así pues, parece ser que Révész era un hombre de carácter fuerte y, podríamos decir, con un buen concepto de sí mismo. En cualquier caso, supo estar en el lugar y en el momento adecuado para realizar la entrevista —o más bien la conversación— en la que

aflora la parte más humana de Albert Einstein y algunas de sus impresiones de la visita. ¶

UNA HORA CON EINSTEIN

ABC, Madrid 2 de marzo de 1923

Andrés Révész

... En Guadalajara, tomo el rápido de Barcelona y me pongo en busca del que es ilustre huésped de España y hoy de Madrid. Después de echar la mirada en unos compartimientos, lo percibo a través del cristal conversando con su esposa. Sería imposible confundir con otra esta cabeza característica, que es más bien la de un artista que la de un sabio. Tiene el pelo abundante, largo y rizado, que ha sido muy negro, pero en el cual predominan ya las canas. Su frente es muy alta y combada; la surcan dos arrugas profundas. Cuando reflexiona, otros surcos verticales surgen entre sus cejas. Sus ojos, oscuros, tienen una expresión melancólica; su mirada es lejana, como acostumbrada a lo infinito. La nariz es hermosa, algo aguileña. Unos pequeños bigotes cubren el labio superior. La boca es sensual, muy encarnada, más bien grande; entre los labios se dibuja una sonrisa permanente, ¿bondadosa o irónica? ¿Quién podría definirlo! La tez es tersa, mate, de color moreno claro.

Toco en la puerta. Einstein levanta hacia mí una mirada sorprendida, casi asustada. ¿Habría sufrido mucho por las indiscreciones de periodistas? Entro, me presento, le exhibo el ABC de esta mañana, que lleva en primera plana su fotografía y sencillamente, sin más preámbulo, se levanta, me da la mano y me invita a sentarme. Es alto (acaso tenga un metro 75 centímetros), ancho de hombros, con la espalda algo encorvada. Siento honda emoción al estrechar esta mano que sobre el misterioso universo ha escrito, desde Newton, las cosas de mayor trascendencia y al recibir la mirada de este genio, que ha sabido penetrar en los misterios que permanecen opacos y ocultos a los demás hombres.

Mientras el tren corre hacia Madrid, Einstein me honra sopor-tando mis preguntas.

El hombre

Alberto Einstein nació en Ulm (Wurtemberg) en 1879. Después de

haber adquirido el título de bachiller en un colegio de Múnich, la familia se trasladó a Milán. Einstein habla bien italiano, y dio en este idioma sus conferencias en Italia.

De Milán se fueron a vivir a Suiza; Einstein pasó cuatro años en la Escuela Politécnica de Zúrich, donde —lo confiesa risueño— resultó estudiante bastante mediocre. En 1901 se naturalizó suizo. De 1902 a 1909, necesitado de un ingreso fijo, aceptó un empleo: fue funcionario en el Registro de Invenções y Marcas de Berna.

Cuando «vio» la relatividad

Durante esta época, exactamente en 1905 (¡a la edad de 26 años!), encontró la idea fundamental de la teoría de la relatividad especial; dos años más tarde, la de la relatividad general. De 1909 a 1911, enseñó en las Universidades de Zúrich y Praga. Al siguiente año, el antiguo alumno mediocre era nombrado catedrático del Politécni-

co de Zúrich. En febrero de 1914, la Academia de Ciencias de Berlín le confiaba la dirección del Laboratorio de Física. Y en 1915, mientras Europa se destrozaba en la guerra, este genio de la ciencia, absorto en el desarrollo de sus teorías, completaba su desarrollo. Después de la guerra viajó por Inglaterra y Estados Unidos, donde dio sus conferencias en alemán, porque no domina a la perfección el inglés. En el año último fue invitado por el Colegio de Francia. Ahora viene a España directamente del Japón, donde pasó seis semanas, recorriendo todo el país, y de Palestina, donde permaneció 15 días.

Viene por vez primera a nuestro país, y dice que le ha sorprendido el adelanto de Cataluña. Visitará Toledo, y procurará dar una conferencia en Zaragoza. De España vuelve a Berlín, donde reside habitualmente (dos veces por año da cursos en la Universidad de Leyden), y donde falta desde hace seis meses. De los sabios españoles, conoce personalmente al físico Cabrera (su amistad se trabó en Zúrich) y al profesor Terradas. De reputación, conoce desde hace 20 años al sabio Ramón y Cajal.

Detalles de su vida

¿Tendría usted la bondad de indicar a los lectores de ABC los detalles de su vida cotidiana? (Se echa a reír; tiene una risa muy juvenil.)

¿Pero a quién podría interesar esto? Pues bien, voy a satisfacer su curiosidad periodística. Mi vida es muy irregular. A veces, cuando me preocupa un problema, no trabajo durante días enteros; me paseo, voy y vengo en mi casa, fumo, sueño y pienso. Por el contrario, hay semanas que no ceso de trabajar. Pero, en general, me acuesto a las once y me levanto a las ocho. Como ve usted, mi cuerpo y mi cerebro necesitan un largo sueño reparador. Salgo raramente por la noche; me molesta la vida social.

Ah! Pues lo ignoré hasta ahora —le interrumpe, también riendo, su señora—; yo creo que salimos bastante y recibimos a mucha gente. Pero me alegro saber que esto te molesta, porque también me molesta a mí. En cuanto volvamos a Berlín cambiaremos de manera de vivir.

Conforme —dice Einstein—. Luego se dirige a mí, y añade: Desgraciadamente, fumo mucho, aunque sé que el tabaco perjudica a la salud y a la memoria. Por esta misma razón, no pruebo el alcohol, ni tomo café, excepto de vez en cuando, en sociedad.

El artista

¿Tiene usted tiempo para ocuparse de literatura, de arte, de música? ¿Es cierto que es usted un excelente violinista?

Hombre, le diré; me gusta mucho la música y toco, en efecto,

casi diariamente, el violín. Pero, excelente violinista...

Pues no le crea usted —me dice alegremente su esposa—, no sólo tiene un alma de artista, sino también una excelente técnica.

¿Cuáles son sus músicos preferidos?

Bach y Mozart.

¿Y sus poetas preferidos?

Shakespeare y Cervantes. Leo muy a menudo *Don Quijote* y también las *Novelas ejemplares*. Cervantes me gusta de una manera extraordinaria; tiene un humor encantador, al cual se suma uno involuntariamente. También me gusta la literatura rusa, ante todo Dostoievski, y de sus novelas pongo en primer lugar *Los hermanos Karamazov*. En cuanto a la pintura, me interesa, desde luego, pero aún más me interesa la arquitectura.

Sus ideas políticas

Le ruego a usted —me dice Einstein—, que rectifique las declaraciones que se me atribuyen. Es cierto que acepté la invitación de los sindicalistas, pero dije lo contrario de lo que escriben los periódicos. Dije que *no* soy revolucionario, ni siquiera en el terreno científico, puesto que quiero conservar cuanto se pueda y pretendo eliminar tan sólo lo que imposibilite el progreso de la ciencia. Dije «que debía hacerse lo mismo en la sana evolución política».

¿Cómo hubiera podido pronunciar las palabras que se me atribuyen, puesto que vivo apartado de toda actividad política? Ciertamente soy un sincero demócrata, me interesan los problemas sociales y deseo la igualdad de derechos para todos los seres humanos; pero no tengo fe en una sociedad socialista, ni en el programa de producción de los comunistas.

¿Qué opina usted de la ocupación del Ruhr?

Lo que hace Francia es sumamente perjudicial para Alemania y para ella misma.

En esta amable charla ha pasado una hora. ¡Con cuánta rapidez! ¡Qué razón tiene Einstein al afirmar que el tiempo es un concepto muy relativo! Ya se ven las luces de la

estación del Mediodía. Llegamos. En el andén negrea una multitud, en espera del gran sabio. Einstein baja del tren. El magnesio del fotógrafo del *ABC* lanza su llamarada, su luz violenta. ¶

Notas

1 Entrevistas realizadas a A. Einstein publicadas en España:

Baeza, Ricardo:

«Delante del profesor Einstein», *El Sol*, Madrid, julio de 1921.

Révész, Andrés:

«El profesor Einstein en Madrid», *ABC*, Madrid, 2 de marzo de 1923.

Fabra Ribas, A.:

«Una visita a Einstein», *El Sol*, Madrid, 27 de marzo de 1930.

2 *Historia del ABC, 100 años clave en la historia de España.*

Víctor Olmos, Editorial Plaza Janés, Barcelona 2002.